

MUSEO DE LAS FAMILIAS,

PERIODICO MENSUAL PINTORESCO.



Goces del invierno.

SEGUNDA SERIE.—1863.

AÑO XXI. 1

ALBERTO EL GRANDE Y SU SIGLO.

POR

DON SALVADOR COSTANZO.

LEYENDA IV.

INTRODUCCION.

En el quinto siglo de nuestra era desaparecen con Augustulo los restos lamentables del coloso romano, y una nube espesa y negra se estiende sobre todo el Occidente: calamidades públicas y privadas, aflicciones, dolores y una confusión desoladora lleva al borde del abismo pueblos y naciones, que disfrutaron en otro tiempo de grandeza y magestad. Pero las fuerzas del espíritu humano son indestructibles, y comunican á la materia inerte un movimiento, una agitación, que la obligan á fermentar, á producir, y del seno del caos brota una civilización nueva, vigorosa y lozana. Entre sus adalides figura en el siglo XIII, con un brillo, que raya en lo divino, Alberto el Grande, filósofo, teólogo, naturalista y dotado de un genio, que lo abarca todo. Pero nosotros, antes de hablar de este varón extraordinario, de este maestro de Santo Tomás de Aquino, de este personaje, que representa una época y no un individuo, y cuya vida científica y literaria se enlaza con una de las leyendas más memorables de la edad media, juzgamos muy del caso bosquejar un cuadro rápido del estado en que se encontraba la Europa en tiempo de Alberto el Grande, á fin de que los lectores puedan comprender que sus obras, que yacen hoy sepultadas en el polvo de las antiguas bibliotecas, dieron un poderoso impulso á los estudios teológicos y á la filosofía experimental, cuyos progresos y adelantos han cambiado la faz del mundo.

En el gran cuadro de tristeza y dolor, en este gran cuadro del cataclismo político, que agitó toda la Europa en la edad media y se extendió hasta el siglo XIII, en ese cuadro figura en primer término, y abrumada de miserias, la Italia.

Los godos, hunnos, herulos, longobardos y otros muchos bárbaros septentrionales invaden sus hermosas provincias: talan sus campiñas, queman sus ciudades y se esfuerzan hasta borrar las huellas de la romana grandeza. Las leyes, las costumbres de los conquistadores del mundo, y hasta su lengua quedan sepultadas entre los escombros del universal estrago. Pero la suavidad y dulzura del clima de Italia, su celeste bóveda despejada y serena y su fecundo suelo del que se desprenden emanaciones divinas y encantadoras, los restos de los monumentos antiguos, que atestiguan el pasado lustre de Italia, y los confusos recuerdos de tantos héroes y varones insignes en las armas y en las letras, que la ennoblecieron, alimentan aun en el pecho de sus habitantes una chispa de aquel fuego divino, que lejos de apagarse servirá á desarrollar el germen de una nueva civilización más lozana y vigorosa que la antigua (1). Con efecto, en el siglo XIII se fundan en Italia grandes universidades; la cultura intelectual despliega su raudo vuelo, y en la república de las letras comienzan á figurar varones muy ilustres.

Después de la caída del imperio romano en Occidente,

(1) Véanse nuestros opúsculos políticos y literarios, Madrid, 1847, págs. 91 y sigs.

los francos invaden las Galias; los visigodos la España; la Inglaterra pasa bajo el dominio de los sajones, y el Africa se somete al yugo de los vándalos. Pero á principios del cuarto siglo los bárbaros invasores de estas naciones comienzan á despojarse de su natural rudeza y de su espíritu belicoso, y se encaminan por la senda de una nueva civilización.

Los hijos del feroz Odino, que habitan las regiones heladas de la Escandinavia, emprenden en el siglo XIII largos viajes en sus buques veleros; llegan hasta las costas de la Groenlandia, y si es cierto lo que afirman algunos escritores, tocan las primeras tierras septentrionales del otro hemisferio.

Los emperadores de Alemania, que se suponen herederos de Carlo-Magno y de sus conquistas en Italia, encienden la tea de la discordia en toda la península; pero las repetidas guerras entre imperiales é italianos después del 1,000 contribuyen en gran manera á inocular en el espíritu alemán los gérmenes de una cultura intelectual enteramente desconocida á los pueblos del Norte; y en el siglo XIII, que es la época en que se nos presenta Alberto el Grande, fermentan en toda Europa los elementos de una civilización muy distinta de la antigua, capitaneada por el principio católico y los papas, cuyo poder temporal fué á la sazón muy saludable para el humano linaje, porque los preceptos evangélicos únicamente, que proclaman como principio la fraternidad universal y la observancia muy escrupulosa de las reglas de la justicia y de la equidad, podían poner freno á la tiranía de los señores feudatarios y á las pretensiones exageradas del imperio.

Si queremos ahora fijar con especialidad nuestras miradas en la cultura intelectual del siglo XIII, se nos presenta bajo un aspecto enteramente nuevo, y hasta entonces desconocido. Las reminiscencias de la antigua literatura, y las obras de los filósofos griegos, despiertan sentimientos de veneración y respeto; pero el principio católico, que se propone despojarlas de los errores propios del paganismo, da á la filosofía antigua un tinte teológico muy marcado, y casi se pretende cristianar con las aguas del Jordán al Estagirita, que domina á la sazón en todas las aulas científicas y literarias, porque se supone, que heredó de la naturaleza el cetro de la sabiduría universal. La filosofía aristotélica impera hasta la época del renacimiento; pero en el siglo XIII se nota una tendencia muy terminante de los espíritus á separarse del yugo de la autoridad y á dirigirse por la senda de una filosofía nueva más bien experimental que dogmática. En esta especie de conflicto científico se presenta en las antiguas escuelas de la edad media Alberto el Grande de quien vamos á hablar, sometiendo á un examen detenido sus opiniones, sus doctrinas y sus obras, que dan un poderoso impulso á los estudios filosóficos, teológicos y naturales.

I.

Este sabio, conocido bajo el nombre de *Alberto el Teutónico* ó *fray Alberto de Colonia*, abrió los ojos á la luz del día en Lawingen, ciudad de Suabia, por los años de 1205. Sus antepasados, que pertenecían á la familia de los Bollstadt, muy poderosa y célebre en los anales de la antigua Alemania, habían ocupado cargos muy honoríficos é importantes; pero nuestro Alberto prefirió la vida del claustro y el retiro á las pompas vanas y muy pasajeras con que brinda el

mundo. Una antigua leyenda dice que el nombre de *Grande* que le dieron todos sus contemporáneos por lo vasto de sus conocimientos en filosofía, mecánica, química, física é historia natural lo debió á un prodigio celeste, tan nuevo como extraordinario.

«Una naturaleza madrastra y rebelde á toda educacion literaria y científica, habia negado al ilustre vástago de la familia Bollstadt las dotes mas comunes y medianas de la inteligencia hasta el extremo de que nuestro Alberto habia resuelto en su desesperacion abandonar el claustro, juzgándose inhábil á iniciarse en los conocimientos que exigía la vida monástica. Pero la Virgen Santísima, protectora de los afligidos, y grata á los sentimientos fervorosos de religion y piedad, que alimentaba Alberto, le apareció una noche en toda su grandeza, esplendor y gloria, y le obligó á decirla clara y terminantemente, si deseaba sobresalir entre todos sus contemporáneos como filósofo ó como teólogo: Alberto optó sin vacilar por la filosofía. Entonces la Virgen dió á sus facultades intelectuales fuerza y vigor, y aquella superioridad, que es propia del genio, prometiéndole que sería una verdadera antorcha en las doctrinas filosóficas. Pero ofendida interiormente por haber preferido Alberto una ciencia profana á la sagrada y divina, le dijo que antes de su muerte recaería en el idiotismo, que tanto le habia afligido: la predicción se cumplió (1).»

II.

Esta leyenda no fué inventada caprichosamente por frailes ignorantes de la edad media, ni por una falsa piedad, como lo han supuesto algunos escritores superficiales: las creencias fervorosas y eminentemente católicas que, llevadas en alas de la imaginacion, recorren los espacios celestes, hermanándose en el siglo XIII con el genio prodigioso y casi divino de Alberto, dieron origen á la leyenda que acabamos de referir; la cual, contemplada de su punto mas elevado, no es sino un testimonio de veneracion y respeto tributado al ilustre maestro de Santo Tomás.

Han dado grandeza y esplendor á la tiara cuatro pontífices de la orden de Santo Domingo; pero este campeón del catolicismo, cuya santidad y espíritu evangélico ha celebrado con elegante pluma y todos los encantos de una elocuencia seductora el padre Lacordaire, reivindicándole de las mas negras calumnias, no podrá alegrarse aun mas en la mansion de la eterna bienaventuranza por haber pertenecido á su orden Alberto el Grande que, como dice un célebre escritor moderno, «fué el primero que dió al estenso cuadro de los conocimientos humanos un aspecto verdaderamente cristiano, hermanando la naturaleza con el hombre y el Hacedor Supremo. (2) El ilustre Tritemio, cronista y teólogo de gran fama, define á Alberto en esta forma. «Varon insigne en la magia natural (3), y no

menos insigne en la filosofía y la teología (1).» Pouchet se expresa en los términos siguientes, al hablar de este personaje. «El genio de Alberto parece un eslabon indestructible, arrojado al través de los siglos por la mano de la Providencia, á fin de unir las épocas estremas de la civilizacion antigua y moderna. Este varon se nos presenta, cuando los últimos reflejos de la literatura antigua se apagan sobre el cenenterio de los tártaros. Los mongoles, capitaneados por Gengis-kan, avanzan por millares de centenares hasta las orillas del Euxino: este diluvio de hombres del Norte del Asia lo devasta todo, y la corte elegante de los califas de Bagdad desaparece en la tormenta con todos sus tesoros intelectuales: las escuelas de España no despiden mas que los destellos de una luz moribunda, desde que los moros se ven por do quiera rechazados y vencidos. Pero en esta época aparece Alberto con la gran mision de resucitar las tradiciones de la ciencia de la pasado (2).» Uno de sus discípulos, Ulrico Engelbert, esclama con entusiasmo. «Alberto es divino en todas las ciencias: y podemos afirmar que es el estupor y prodigio mas grande de nuestro siglo (3).» Hoefer y Blainville dicen terminantemente, que Alberto tocó en su época el pináculo de la humana ciencia (4). Algunos escritores modernos le han dado el título, tan magnífico como merecido, de sabio y admirable enciclopedista.

III.

La opulencia de que disfrutaba la familia de nuestro Alberto le facilitó los medios de recorrer la Alemania, la Italia, la Francia, y de frecuentar las escuelas mas célebres de estos paises, que en el siglo XIII comenzaban á ser el foco de profundas elucubraciones, precursoras de aquella metafísica y filosofía espermental que, inaugurada en la época del renacimiento por la Italia, y propagada por la Francia, debía tomar en la moderna Alemania un colorido ya fantástico, ya racionalista. Estas doctas peregrinaciones eran indispensables á la sazón para el hombre, que se dedicaba á estudios severos, y se proponia atesorar vastos y nuevos conocimientos, porque los sábios, que abarcaban entonces la universalidad de las ciencias, eran en número muy reducido y vivían retirados en tierras muy distintas. Los biógrafos mas diligentes nos han dejado escrito, que Alberto estudió profunda y detenidamente la filosofía, las matemáticas y la medicina en la universidad de Pavia; que en esta ciudad magnífica, y noble cuna de ingenios selectos, conoció á Jordan, general de la orden de Predicadores; que este religioso, prendado de las bellas dotes y de la superioridad de ingenio que distinguían á nuestro Alberto, puso en obra todos los medios mas eficaces para incorporarle en su congregacion; que los ejemplos muy edificantes y los discursos angelicales de Jordan le indujeron á abrazar la vida monástica, á que le inclinaba, no solo la pureza de sus costumbres, sino tambien el amor al estudio, porque en su siglo agitado y de confusion las cien-

(1) V. Bayle, Dic. hist. crit. (*Alberto el Grande*).—Moreri, Diccionario hist., art. *Alberto*.—Bartolomé de Luca, Hist. ecl., lib. II., cap. XVII.

(2) Blainville, Hist. de las ciencias de la organizacion.—Paris, 1845, t. I, p. 80.

(3) Dábase entonces este nombre á todas las ciencias, que iniciaban al hombre en los misterios de la naturaleza.

(1) Annales Hirsaugiens. — Typis Sancti-Galli 1690; et Chronicon magnum Belgicum, 1480. Blainville, ob. cit. t. II, p. 83, 84, 94.

(2) V. Pouchet, *Historia de las ciencias naturales*, pág. 215.—Paris, 1823.

(3) De sumo bono, t. III, cap. IX.

(4) Blainville, ob. cit. t. II, p. 84.—Véase tambien Hoefer. *Historia de la Química*.—Paris, 1842, t. I, p. 359.

cias y las letras no tenían mas refugio que el asilo inviolable de los claustros.

Los autores, que nos han dejado escrita la vida de Alberto con la mas escrupulosa exactitud, como Echard (1), Leclerc (2) y Bayle (3), creen que vistió el hábito de Santo Domingo en Italia por los años de 1222 ó 23, y que despues de haber vivido un entero año en un convento de dominicos, y estudiado en Padua ó Bolonia, que á la sazón era una de las ciudades mas célebres de la península Itálica por su universidad y mucha cultura intelectual, nuestro Alberto fué enviado por sus superiores á Colonia.

IV.

El sabio y erudito Jourdain dice que Alberto el Grande fué el filósofo mas ilustre de su tiempo; que fué teólogo insignie, animado del espíritu divino, y luego esclama: «Hacia algunos siglos que los acentos varoniles de San Ambrosio, San Gerónimo y San Basilio, no resonaban ya en los oídos de los fieles; pero en la edad media fueron sus sucesores San Bernardo, San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino. Entre estos gigantescos campeones de la fé, se cuenta á Alberto el Grande, célebre por piedad y saber, y varon que merece ocupar el primer puesto en la historia científica y filosófica del siglo XIII (4).»

Este juicio crítico no es mas que el eco de la fama de Alberto y de sus doctas conferencias en Colonia y París, que fueron sucesivamente la gran palestra en que recogió coronas de inmarcesible laurel. Dedicado á la enseñanza, dió los primeros ensayos de su ingenio elevado en Colonia, profesando, por lo que parece, las ciencias naturales y las sagradas, que se hermanan á los ojos de los verdaderos sabios con lazos tan indisolubles, que no debería intentarse separarlas (5). Conociendo sus contemporáneos, que la teología y las ciencias no habían tenido juntas un intérprete tan docto y elocuente, se le mandó abrir nuevas conferencias en Friburgo, en Ratisbona, en Estraburgo, y en estas ciudades el desempeño de su profesorado fué una serie de triunfos que le acompañaron hasta su regreso á Colonia, en donde fijó su residencia en el 1240, sin dejar, sin embargo, de emprender de vez en cuando nuevas peregrinaciones con objeto de reunir manuscritos raros y hasta entonces ignorados. Les copiaba él mismo, y despues de haber puesto término á su penosa tarea, seguía el curso de sus viages, atravesando á pie los caminos mas ásperos, y pidiendo con humildad una limosna á los hombres caritativos para cumplir escrupulosamente con lo que exigían las reglas muy austeras y severas de su religion.

V.

Pero la época en que floreció Alberto el Grande, era todavía crédula y supersticiosa, y á los doctos, que cultivaban las ciencias naturales con éxito feliz, se les calificaba de ma-

gos y hechiceros, atribuyéndoles supuestos prodigios y fábulas absurdas. ¿Era dable, pues, á nuestro ilustre dominico salvarse del comun naufragio?—Habria sido un portento mas extraordinario aun que su misma ciencia, y por lo tanto se le culpó de magia.

Algunos escritores refieren con *ingenuidad y candor*, que habiendo pasado un dia por Colonia Guillermo, conde de Holanda y rey de los romanos, Alberto le regaló con un suntuoso banquete, y que á fin de dar un testimonio de su mucha habilidad en el arte mágico, y mas brillo al convite, cambió de repente el invierno en estío, desplegando á los ojos de sus comensales todas las flores y frutas, que engalanan y amenizan la campiña durante el verano.

Se pretende tambien que Alberto construyó un hombre todo de bronce, dando á cada una de sus partes las proporciones convenientes, y formándole de modo que cada parte en su configuracion distinta y propia quedara bajo la constelacion, que necesitaba para salir perfecta. Así, por ejemplo, hacia los ojos, cuando el sol estaba en el signo del zodiaco, que correspondia á la formacion de esta parte del cuerpo, y entonces mezclando los metales que le servian para el caso, les estampaba el signo y el planeta correspondientes. Hacia lo propio con la cabeza, el cuello y demás miembros, construyéndoles separadamente, y cuando el planeta, que correspondia á cada uno de ellos, estaba en el signo necesario para su formacion. Luego, todos reunidos, dieron el hombre entero al cabo de treinta años de trabajo; y este autómeta, llamado el «Androide (1) de Alberto el Grande, contestaba á todas sus preguntas y le resolvía todas las dificultades mas espinosas.

Enrique de Hesse y Bartolomé Sibila, sostienen que era de carne y huesos; pero este absurdo ha sido refutado hasta la evidencia. Naudé dice con mejor crítica: «En atencion á que la existencia del Androide de Alberto, no se apoya en ningun dato histórico, ni en pruebas de hecho, podemos suponer con visos de probabilidad, que dió origen á esta tradicion tan difundida, la circunstancia de que Alberto tuviera en su despacho alguna cabeza de metal ó figura de hombre entero, semejantes á una de aquellas máquinas de Boecio, cuya descripcion nos ha dejado Casiodoro en estos términos: «los metales mugen, retumba la voz de las grullas de bronce, las serpientes de metal silban, las aves fingidas pian, las que no tienen voz propia, la adquieren, y el bronce emite sus cantos melodiosos (2).»

Esta opinion nos parece muy fundada, no solo porque tiene un sentido rigurosamente lógico, sino tambien porque las leyendas mas comunes y conocidas de la edad media, refieren, que habiendo visto Santo Tomás en la biblioteca de su ilustre maestro una gran cabeza de bronce, construida por Alberto con mucho trabajo, y que esta máquina contestaba á varias preguntas, animado de un santo celo, la hizo pedazos, temiendo que pudiera servir de apoyo y argumento á los materialistas.

gonia bíblica es la única verdadera, y que no se separa ni un solo ápice de las teorías mas acertadas y de los descubrimientos modernos, fundados en la observacion y en la esperiencia.

Véase el primer discurso del t. 1.º de nuestra historia universal.

(1) Palabra griega, que significa *Hombre-máquina*.

(2) Bayle, Dicc. hist. y crit., art. Alberto el Grande.—Edic. de París, 1820.

(1) Scriptores ordinis praedicatorum recensiti, 1719.

(2) Biblioteca universal é histórica, 1686.

(3) Bayle, Dicc. hist. y critico, art. *Alberto*.

(4) Jourdain, Investigaciones sobre la edad y el origen de las traducciones latinas de Aristóteles.—París, 1443 p. 300.

(5) El inmortal Cuvier y los doctos naturalistas, que siguen sus huellas, han demostrado hasta la evidencia, que la Cosmo-

Pero ¿es posible construir cabezas de bronce, que sometidas al influjo de algunas constelaciones, contesten y sirvan de guía en los negocios espinosos? Ciertamente Yepes refiere, que el marqués don Enrique de Villena, construyó una en Madrid, y que don Juan II, rey de Castilla, la mandó destruir. Algunos escritores afirman, que el papa Silvestre II, Roberto Lincoln y Rogerio Bacon, tuvieron cabezas semejantes (1). Nosotros desterramos terminantemente al reino de las fábulas todas esas cabezas, y lo que dicen acerca del particular las antiguas leyendas, por la sencilla razón de que una respuesta cualquiera, afirmativa ó negativa, que se da á una pregunta, supone siempre la formación de un juicio, dote especial del espíritu y no de una materia inorgánica.

Algunos autores, que culpan de magia á Alberto el Grande, dicen que merece bajo todos conceptos, ser calificado de mago por haber escrito la obra titulada: *DE LAS MARAVILLAS*, y otro libro titulado *ESPEJO DE LA ASTROLOGIA*, en que habla de todos los escritores que han publicado sobre esta materia libros lícitos ó prohibidos.

Esta inculpación carece de fundamento, porque los demonógrafos mas crédulos y supersticiosos, como Martin del Rio; y los varones mas sábios, como Pico de la Mirandola, convienen en que el libro *DE LAS MARAVILLAS* no salió de la docta pluma de Alberto; y en lo que dice relación con el *ESPEJO DE LA ASTROLOGIA*, condenado por el venerable Gerson, Naudé cree que su verdadero autor, fué Rogerio Bacon.

VI.

Todo lo que acabamos de esponer, disculpa á nuestro Alberto de la acusación de magia; pero, en atención á la índole y el espíritu del siglo en que vivió, podemos afirmar que profesó la alquimia, y que penetró el secreto de la piedra filosofal?—Este punto es muy árduo y difícil de resolver.

Naudé dice que Mayer, uno de los patrocinantes mas entusiastas de los alquimistas, y que se habia entregado á todos los delirios de esta supuesta ciencia, sostiene con gran desenvoltura en sus *Símbolos de la tabla de oro de las doce naciones*, lib. VI, que el primero, que penetró el gran secreto de la piedra filosofal, fué Santo Domingo de Guzman, y que los que le heredaron despues de su muerte, lo comunicaron á nuestro Alberto; el cual, siendo á la sazón obispo de Ratisbona, pagó en menos de tres años, mediante el secreto, todas las deudas muy cuantiosas de su obispado. Mayer funda este aserto en tres libros de química falsamente atribuidos á Alberto el Grande, como lo prueba la circunstancia de que ninguno de los tres encierra doctrinas ó principios, contenidos en las obras de nuestro ilustre dominico. En cuanto á cierto libro, titulado de las *Quintessencias*, en que se habla de los secretos de la alquimia, atribuido por Pico de la Mirandola á nuestro Alberto, podemos afirmar que no le pertenece bajo ningún concepto, porque su autor dice terminantemente, que era religioso de la orden de San Francisco y que lo compuso estando preso. Todas estas particularidades nos obligan á convenir en que Alberto el Grande, como dicen Bayle (2) y Pouchet (3), no profesó nunca la alquimia,

(1) Bayle, Dicc. hist. y crit., edic. cit., art. Alberto el Grande.

(2) Bayle, id. ibid.

(3) Hist. de las ciencias naturales en la edad media ó Alberto el Grande y su época, etc. etc.—Paris, 1853.

ni creyó en la trasmutación de los metales. Pero, en atención á que algunos autores, apoyados en el testimonio de obras falsamente atribuidas á nuestro Alberto, han sostenido lo contrario, y dicho tambien, que escribió con demasiada libertad sobre algunas materias no muy conformes con su estado monástico, nos parece ahora muy del caso hablar de todas las obras apócrifas, atribuidas á nuestro insigne filósofo, para someter despues á un exámen crítico muy detenido y concienzudo las que salieron de su docta pluma.

VII.

Aunque hemos hablado ya de las dos obras supuestas, *Las maravillas del mundo* y *El espejo de la astrología*, no queremos pasar por alto que la primera merece ser leída y consultada, porque en ella se encuentran indicados, con claridad y precisión, los procedimientos, hasta entonces ignorados en toda la Europa Occidental, para la composición de la pólvora. El autor, despues de haber dado sus explicaciones acerca del particular, se expresa en esta forma: «Si se quiere producir únicamente ruido, llénese de pólvora un tubo de papel corto y espeso; si se quiere confeccionar un cohete, el tubo debe ser largo, sutil y lleno de mucha pólvora (1).» En cuanto á los procedimientos, indicados por el autor, podemos decir á los lectores, que no se diferencian de los que nos ha dejado consignados Marco Greco en su obra titulada, *Libro de fuegos para quemar á los enemigos* (2).

Algunos autores, fundados siempre en la idea de que el libro *DE LAS MARAVILLAS* fué escrito por Alberto el Grande, no solo le atribuyen la invención de la pólvora, sino tambien la del cañón, del arcabúz y de la pistola. Si es cierto, como se cree generalmente, que estas armas homicidas fueron inventadas en tiempo de nuestro Alberto por un fraile alemán, llamado Bertoldo Schuuarts, que vivia en Colonia, ó por un químico de esta ciudad, podemos afirmar desde luego, que se le ha atribuido su invención por la fama de que disfrutaba mercedamente de hombre muy versado en todos los ramos de las ciencias naturales. Sea como fuere, nosotros no vacilamos en sostener que la primera invención de estas armas y la de la pólvora han debido ser muy imperfectas: nos induce á creerlo la circunstancia de que comenzaron á usarse para la guerra en una época muy posterior. Con efecto, sabemos que los cañones fueron conocidos en Europa el año de 1495, cuando Carlos VIII de Francia conquistó el reino de Nápoles con la misma rapidez con que lo perdió al cabo de pocos meses.

El autor *DE LAS MARAVILLAS* dice que la pólvora se confecciona mezclando una libra de azufre con dos de carbon y seis de salitre, y que despues de haberlas machacado en un almiréz de mármol, pierden su forma primitiva y se convierten en pólvora.

Volviendo nuevamente á nuestro ilustre dominico, despues de esta breve digresión, decimos que otro libro apócrifo, titulado: *SECRETOS ADMIRABLES DEL GRANDE ALBERTO* ha contribuido á confirmar la opinión de que fué un execrable mago. Pero este opúsculo, que ni siquiera puede merecer el nombre de extracto mezquino de los abultados volúmenes, escri-

(1) V. Pouchet., ob. cit., p. 247.

(2) MARCUS GRACUS, *liber ignium ad comburandos hostes*. Mss. Bibl. real, 1785—*Escuela Bizantina*, p. 133. (Paris).

tos por nuestro insigne prelado, como lo afirman con sana crítica algunos autores modernos, y entre ellos Cuvier y Collin de Planey (1), no es mas que una rapsodia atestada de recetas absurdas, reunidas con objeto de satisfacer los mas codiciosos delirios.

VIII.

A todos los varones ilustres, que sobresalieron en la edad media por lo vasto de sus conocimientos, y que cultivaron con especialidad las matemáticas y las ciencias naturales, se les calificó de magos, brujos, hechiceros, nigromantes. Pero á nuestro Alberto únicamente estaba reservada la inculpacion peregrina de haber ejercido el oficio de partero y comadron con poco decoro de su estado monástico y carácter sacerdotal. Este aserto algunos escritores lo han fundado en el falso supuesto de que Alberto escribió un libro con el título *DE NATURA RERUM* (de la naturaleza de las cosas) en que se habla tan estensa y minuciosamente de los partos, de los síntomas que les preceden y de la manera de facilitarles, que parece imposible que este libro haya salido de la pluma de un hombre, que no ejerció jamás el oficio de comadron. Los apologistas de Alberto niegan terminantemente su autenticidad; y Pedro de Prusia, fraile dominico, dice en la vida de nuestro prelado, que su verdadero autor es otro fraile de su mismo orden, llamado Tomás de Cantopré. Bayle se mofa de los que han atribuido á nuestro Alberto el libro en cuestion, y dice en tono burlesco: «Era un espectáculo digno de verse, Alberto el Grande convertido en partero, y que ponía mano á la obra (2).» Pero en esta circunstancia juzgamos muy del caso advertir, que aun cuando se quiera suponer que haya sido Alberto el autor del libro *DE NATURA RERUM*, no se le podrá culpar bajo ningun concepto de haber faltado al decoro, que su hábito y el sacerdocio exigían, porque en la edad media las corporaciones monásticas, que se distinguían por su mucha ilustracion, profesaban tambien la medicina (3); y en épocas posteriores á la de Alberto muchos religiosos trataron con gravedad científica las mismas materias que han sido un objeto de censura en el libro citado (4).

La obra *DE SECRETIS MULIERUM* (de los secretos de las mujeres) falsamente atribuida por algunos escritores á nuestro Alberto, ha indispuesto á muchos críticos, mas bien quisquillosos é hipócritas que sensatos, contra la memoria de nuestro insigne sabio, y en atencion á que este libro trata de materias, que pueden ofender el pudor, han fallado con inexorable inflexibilidad, que Alberto escribió tambien el *DE NATURA RERUM*, y han admitido como cierta la opinion calumniosa de los que sostienen, que ejerció el oficio de comadron.

(1) Cuvier, *Hist. de las ciencias naturales*.—Paris, 1841, tomo I, p. 410. Collin de Planey, *Diccionario infernal*. Paris, 1850, p. 16.—V. Stapfer, *Biografía universal*.

(2) V. Bayle, *Dicc. hist. y crit.*, art. Alberto el Grande.

(3) Los que deseen enterarse de las órdenes monásticas mas ilustres, que en la edad media cultivaron y profesaron la medicina, podrán leer la docta y eruditísima obra de Salvador de Renzi, *Storia documentata della scuola medica di Salerno*.—Napoli, 1857.

(4) Comp. Scott, *Physica curiosa, sive mirabilia naturae et artis*, 1662.—Leclerc dice que el libro *DE NATURA RERUM* existe manuscrito y no impreso, y que no es mas que una coleccion sobre todas las materias de fisica, y no un tratado especial de partos. V. Bayle, ob. cit., art. Alb. el Grande.

Pero han padecido un grave engaño; y nosotros, despues de haber puesto en evidencia, que el libro *DE NATURA RERUM* no le pertenece, podemos decir á los lectores, que el *DE SECRETIS MULIERUM* lo escribió Enrique de Sajonia, discípulo de Alberto, como lo ha dado á conocer Bayle (1), apoyándose en buenas autoridades, y en testimonios muy fidedignos: Sprengel afirma lo propio (2).

Es cierto, sin embargo, que Alberto el Grande trató en algunas de sus obras, con demasiada libertad, materias lúbricas; pero lo hizo como teólogo y moralista, y Pouchet se espresa en esta forma acerca del particular: «las cuestiones mas delicadas un espíritu casto puede someterlas á un examen muy detenido: ejemplos semejantes se encuentran en muchos casuistas de la época de Alberto (3).» Pedro de Prusia se espresa en los mismos términos, con muy corta diferencia, y añade: «Sin estos conocimientos los confesores no podrían remediar los desórdenes de sus penitentes (4).»

IX.

Hemos desmentido anteriormente el falso aserto de que nuestro sabio prelado profesó la alquimia; pero, volviendo á lo propio, no queremos pasar por alto que Thompson ha reproducido el mismo error. Este docto inglés considera la época de Alberto, como el siglo de oro de la alquimia, y dice terminantemente que su obra mas notable es la que lleva por título *De alchymia*, porque despliega á la vista de los lectores el cuadro mas distinto y completo del estado de la química en el siglo XIII (5). Este juicio crítico muy aventurado es un claro testimonio de que Thompson habla en tono magistral de una obra que no conocia. El tratado *De alchymia* que, segun la opinion de los mejores críticos, es apócrifo, aun cuando se quiera suponer que lo haya escrito Alberto el Grande, apenas podrá ocupar el último puesto en la inmensa coleccion de sus obras, porque no tiene originalidad ninguna, ni es una historia de la química, como lo afirma Thompson.

En atencion á que la ciencia hermética era un objeto de estudios muy detenidos y elucubraciones profundas en el siglo de Alberto ¿no es de suponer que los que trataron este argumento, hayan colocado en el número de los alquimistas mas célebres á nuestro sabio prelado para dar mas crédito é importancia á sus libros? Es cierto, que Alberto dice en una de sus obras, arrastrado por las preocupaciones de su siglo, que la plata se puede convertir en oro (6); pero una opinion fugaz y pocas palabras, lanzadas á la ventura ¿son acaso un testimonio y una prueba evidente de que profesó la alquimia?

En la edad media fermentaban los elementos de una civilizacion enteramente nueva; el espíritu humano se esforzaba en penetrar los secretos de la naturaleza; pero la ignorancia, la oscuridad y la supersticion daban un colorido misterioso y fantástico á las doctrinas y los descubrimientos científicos de los sabios, ya declarándoles magos, ya atribuyéndoles

(1) Bayle, *Dicc. hist. y crit.*, art. Alberto.

(2) Sprengel, *Hist. de la medicina*.—Paris, 1815, t. II, p. 389.

(3) Pouchet, ob. cit., p. 250.

(4) Pedro de Prusia, *Vida de Alberto el Grande*, cap. XVIII.

(5) Sistema de química.—Paris, 1818, t. 1.º, p. 7.

(6) Lib. III, *De mineralibus*.

obras que eran un producto de las preocupaciones mas ridiculas y vulgares de su época.

Al papa Silvestre II, á Rogerio Bacon, al marqués de Villena, á Cornelio Agripa, á nuestro Alberto y á una gran multitud de otros varones ilustres, calificados todos de magos por sus contemporáneos, se les han atribuido obras que no salieron nunca de su pluma, y prodigios estraños ó tenebrosos, que les han convertido en héroes de leyendas. Con efecto, en la edad media la fama de que disfrutó Alberto el Grande, como filósofo, dió origen á una tradicion fabulosa, que merece ocupar un puesto en este lugar, porque hermana la ciencia con la supersticion y la nigromancia. Se dijo en Alemania, que nuestro insigne varon, mediante sus profundos conocimientos en la palingenesia (1), evocó á instancias de Federico Barbaroja, el espectro de su esposa la emperatriz María, y que esta buena señora se presentó, siendo ya media noche, á Federico pomposamente ataviada, y con una fisonomía tan parecida á la suya propia antes de bajar al sepulcro, que le bastó mirarla para enterarse de la realidad del hecho. Aunque esta tradicion no merece bajo ningun concepto ser refutada, porque no tiene en su abono ni un solo testimonio de escritores antiguos, la desmiente la circunstancia de que Alberto no habia nacido, cuando Barbaroja acababa de llegar al término de su vida mortal.

Pero ¿puede causarnos maravilla y estupor que en la edad media, que en esos siglos de ignorancia y supersticion se forjáran milagros, prodigios y apariciones de los muertos, si la historia nos demuestra, que ha sucedido lo propio, y se ha dado crédito á embustes semejantes en las épocas de mas lustre y cultura intelectual?

Bajo el reinado de Luis XV ¿cuántos supuestos milagros no inventaron los convulsionarios (2) de San Medardo? El marqués d'Argens dice, que uno de esos fanáticos, que tenia una pierna mas corta que la otra, iba todos los dias á cabriolear sobre la tumba del diácono París, y que, segun referian sus cohermanos, la pierna mas corta se le alargaba todos los meses en términos, que á la conclusion del año habia ganado una línea: establecido el cálculo con exactitud matemática, se conoció que necesitaba para curarse cincuenta y cuatro años de cabriolas (3). Mientras que en Francia medraba el ateísmo mas insensato ¿no creian los parisienses, que el conde de Saint-Germain y Cagliostro evocaban á los muertos? ¿y hoy no creen muchos, que el anglo-americano Hume posee el mismo secreto mágico? Estos hechos y otros por el mismo estilo, que juzgamos ocioso referir, no se diferencian, á nuestro entender, de la supuesta aparicion del espectro de la emperatriz María.

(1) Esta palabra, que se compone de dos vocablos griegos, que significan *nuevo* y *nacer*, los filósofos y naturalistas la han aplicado á los principios constitutivos de los vegetales y de los animales, que descompuestos por analisis química reproducen cuerpos semejantes á los que fueron estraidos, ó cuando menos las formas exteriores de esos mismos cuerpos. En la edad media muchos creyeron que la palingenesia formaba parte de las ciencias ocultas, y que á los que la profesaban les era dable evocar á los muertos.

(2) Dióse en Francia este nombre á los jansenistas fanáticos, que en sus supuestos éxtasis efectaban una grande agitacion de espíritu, acompañada de temblores y contorsiones.

(3) V. Historia de las sectas religiosas desde el principio del último siglo hasta la época actual, por Gregoire, t. I.º, p. 388.—Paris, 1814.

X.

Pero todos los escritos apócrifos y los estupendos prodigios, que se han atribuido falsamente á Alberto el Grande, ¿no son el mas brillante testimonio de que en la edad media figuró como el hombre mas sabios y extraordinario de su época? Esta verdad es inegable, pero la corona de inmarcesible laurel, que ciñe la frente de Alberto, como gran teólogo, filósofo profundo y naturalista, es mas refulgente, mas gloriosa que todas las coronas de rosa y mirto con que brindan á sus héroes las leyendas y tradiciones desfiguradas, que confunden la realidad de los hechos con invenciones fantásticas. Nosotros, pues, vamos á hablar ahora de todo lo que nos ofrecen de mas notable y cierto la historia de su vida y la de su siglo, y á someter á un exámen crítico y concienzudo todas las obras salidas de su docta pluma, que está depositada en el templo de la inmortalidad.

Veo en una celda, alumbrada por una luz pálida, que parece próxima á apagarse, y cuyos rayos reflejan al través de vidrios colorados, ensayos imperfectos de las artes, que están todavia en mantillas; veo instrumentos de física y astronomía; veo alambiques, retortas, hornillos, cuya descripcion nos han dejado los que buscaban la piedra filosofal; veo una mesa atestada de manuscritos y minerales, y veo á un fraile de pequeña estatura, con rostro penitente, absorto en meditacion profunda y recostado en una silla de brazos toscamente entallada. Este es Alberto el Grande, el antiguo obispo de Ratisbona, el insigne prelado, que ha depuesto los hábitos pontificales para vestir el de un fraile predicador; este es Alberto, el augusto prelado, que prefiere el silencio y la soledad de su pobre y santa celda á los techos dorados de su palacio episcopal; este es Alberto que, llevado en alas de su genio, aspira á immortalizar su nombre, cultivando las ciencias filosóficas y naturales; en fin, este es Alberto, que desprecia los honores pasajeros y fútiles de este valle de miserias y amarguras, en que reinan el orgullo y la vanidad. Si me traslado con mi imaginacion á las aulas universitarias de Paris, veo en medio de una numerosa concurrencia, que ocupa los bancos de la escuela del *Maestro Alberto* (1) á un fraile de su mismo orden, que le escucha con admiracion, y á otro hombre, cuya frente despejada y serena, cuyo rostro largo, ancho y al propio tiempo grave y meditabundo, y cuyos ojos centellantes, llevan el timbre del genio. Su túnica de color gris, sus sandalias, la ancha corona de su cabeza, dan á conocer que es un fraile franciscano. El primero de estos dos varones es Santo Tomás de Aquino; el segundo Rogerio Bacon: entrambos, unidos con Alberto el Grande, forman el ilustre triunvirato, precursor de la época del renacimiento.

Estas tres lumbreras de la edad media, estos tres insignes personajes, no pueden ser considerados aisladamente: sus obras y sus concepciones originales no son la realizacion de un corto número de hechos sino la grande iniciativa, destinada á facilitar la senda de una sabiduría enteramente nueva, cuyo punto de partida será el cristianismo y su último término el perfeccionamiento del espíritu.

(Se continuará.)

(1) Dábase este titulo en la edad media á los gefes de las grandes escuelas.

ESCENAS DE FAMILIA.

LA FIESTA DE SAN NICOLAS EN HOLANDA.



En Holanda el día de San Nicolás, es para los niños lo que aquí el día de Reyes. La víspera colocan al pie de las camas y en determinados parages sus zapatos, y á la mañana siguiente encuentran en ellos lo que nos representa el magnífico grabado de Hubrac que copiamos, es decir, juguetes, caramelos, pasteles, dulces, etc., etc.

Ultimamente, un hijo de unos amigos nuestros encontró en un zapato al lado de un precioso polichinela una linda composicion en verso, cuya traduccion ofrecemos á todos sus jóvenes compañeros:

«El juego no es mas que el reposo del trabajo. Juega pues, para poder trabajar mejor. Cuando llega el anocheecer y cuando el pájaro, la abeja, el labrador, el artesano se recogen, recógete tambien y da cuenta á tu madre de lo que has hecho durante el día. Dila si has cumplido tu promesa

de por la mañana, si has aprendido alguna cosa y si has perdonado al que te ha ofendido. Recuerda, niño, que vendrá una noche, la noche de tu vida. El cansancio te dominará pero no á causa de lo que hayas jugado; tus ojos se cerrarán como hoy. Eso será la gran fiesta de San Nicolás, del Dios bueno que distribuirá las recompensas á cada uno segun sus merecimientos. ¡Ojalá que tu corazón y tu frente estén tan puros y tranquilos como hoy!

»Si has pasado tu vida haciendo obras útiles, si la has amenizado con placeres honestos, si has practicado la caridad, si has tenido compasion de la desgracia y amor á todos tus semejantes, verás venir la noche sin temblar y te dormirás en el Seno de Dios con la misma tranquilidad con que te duermes la noche de San Nicolás en el regazo de tu madre.»